



Natal

Nadia Escalante Andrade



LAS NAVES SE ALEJARON LLEVÁNDOSE a las núbiles. Amargos retoños brotaron en las islas distantes: olas de peces limpios como lunas tañen las aguas del Océano, vierten flechas de tempestad y ahuyentan la corriente de los ríos. En sus escamas se refleja el mundo.

Salieron las madres a buscarlos en los arroyos, llenas las cestas de sus ojos moribundos. Regresan con paso breve a los palacios, los vierten en las fuentes: *deseo tenerte cerca, imagen de mí misma*. Los cuerpos de los hijos reflejaron la noche y se ocultaron a la espera del segundo nacimiento.



Diana es Nadie cuando se yergue en árbol frente a ti,
sus flechas son los frutos que rezuman en la rama más enhiesta.
Nacerás de los árboles pues suyo es el eco de la tierra.

Diana es el arrojado de las naves y el naufragio en sus manos abiertas
cuando te desprende de tu madre y te llama con palabras.
Nacerás del mar pues suyo es el eco del aire.



Diana virgen gobierna el nacimiento,
nos llama,
nos nutre de sonido.
Te da un nombre,
un rostro,
una lanza.

Corta
el silencio, el espacio.



The Shipwreck. Ilustración del libro *The Illustrated Home Book Of Poetry and Song: Comprising Choice Selections From The Poets Of All Lands And Ages*, Chicago, Globe Pub Co., 1883.

(Sus añicos se incrustan en tu cuerpo.)

Corta
el aroma de los desprendimientos.
Corta.

Nadie alrededor.
Adentro,

la voz ceniza
fue golondrina frente a ti:
Nadie te llama.

Nadie te persigue,
te enfrenta a las cosas de este mundo, te llama sin clemencia hombre, niño, ciego;
Nadie te llama frente a tus padres, a pesar de tus hijos;
Nadie te vuelca en la tierra, te corta en dos, en tres, en cuatro y el aire,
en cada palabra que le pidas.

Nadie te ha dejado ciego,
Nadie se lleva tu rebaño de palabras,
Nadie te deja enmudecida la mirada, pero caliente de sangre.



No es inocente el llamado de Diana, más pura que la escama secada al sol y limpia de sal, cuando se vierte y no es visión ni tacto repentino que iguale el calor de la madre. Pronuncia tu nombre en una conmoción de pequeñas hendiduras que no han de cerrar ni en el silencio.

Diana afiló dos puntas de flecha en cada una de tus vértebras.
Armó tu espina como un carcaj flexible que nadie puede arrebatarte,
inclinado a la derecha porque tu mano opuesta es la que lleva el arco.
Apuntas en la línea del orto, en su confín virgen,
atento al sigilo anterior a la imagen. ❧